

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

Una historia demasiado Straight

Autor/es:

López Martín, Francisco

Citar como:

López Martín, F. (2000). Una historia demasiado Straight. Banda aparte. (18):5-6.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42432>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNA HISTORIA DEMASIADO *STRAIGHT*



Una historia verdadera

The Straight Story, llamada aquí *Una Historia Verdadera*, es el título de la última película de David Lynch que se ha asomado a nuestras pantallas; recibida casi unánimemente por la crítica como la gran obra de madurez de un cineasta que en la década de los noventa no siempre ha sabido responder a las expectativas que en torno a él habían suscitado filmes como *El hombre elefante* (1980) o *Terciopelo azul* (1986), quizás habría que matizar el entusiasmo un tanto desmedido que este trabajo ha provocado. Confieso ya desde el principio que si la recepción por parte de la crítica y del público de *The Straight Story* hubiese sido mucho menos laudatoria, no me hubiera importado convertirme en precavido defensor de un filme cuya última media hora contiene cosas francamente notables; pero tantas han sido las alabanzas y los comentarios unilateralmente favorables vertidos sobre él, que creo que en este caso el papel a adoptar debe ser el del analista intempestivo que apunte algunos de los defectos que lastran a esta pretendida obra maestra.

The Straight Story podría traducirse como *La Historia del Señor Straight*, del *Señor Recto*, o *Sincero*, u *Honrado*, que todas estas cosas significa la palabra *straight* en castellano. Basada en hechos reales, la película narra la historia de Alvin Straight, un anciano de Iowa de setenta y tantos años que ante la inminente muerte de su hermano Lyle recorre los quinientos kilómetros de distancia que los separan al volante de una minúscula cortadora de césped. Como puede verse por este resumen, la historia, muy al gusto de Lynch, contiene en germen una extraña amalgama de elementos épico-cómicos, porque si algo de heroico tiene la decisión de Mr. Straight de visitar a su hermano, el hecho de que el vehículo elegido sea su cortadora de césped atempera, por utilizar una palabra elegante, el carácter agónico de esa pequeña

odisea. La relación que hay entre la distancia a recorrer y los medios empleados es tan increíblemente desmedida que uno, antes de ver el filme, podría pensar si Lynch sería capaz de darle verosimilitud a esta 'historia verdadera', salvarla del potencial ridículo que contiene, y preservar la indudable dignidad de la empresa del Sr. Straight.

Vista la película, es verdad que Lynch consigue al menos que no nos riamos del infatigable Alvin Straight; también lo es que su aventura no emociona sino hasta un punto muy avanzado del metraje, demasiado avanzado como para que el aburrimiento acumulado en la primera hora y media del filme le permita a ésta, en el tramo que va desde la charla de los dos viejos combatientes hasta el, éste sí, modélico encuentro final con el hermano, elevarse al terreno de lo memorable. Lynch ha querido ser tan sobrio en cuanto a lo ordinario de las aventuras de este anciano Ulises, y sobre todo en lo referente al tono del relato, a la distancia 'clásica' de la mirada con la que se narra, que al final el conjunto peca de una notable sosería. No sólo es que a Mr. Straight no le suceda prácticamente nada durante los primeros trescientos kilómetros de su viaje: es que, si se me permite el juego de palabras, todo en esta película es tan *straight*, comenzando por el propio Alvin, siguiendo por los conflictos —de alguna forma hay que llamar a esas tormentas en un vaso de agua con las que el Sr. Lynch pretende engancharnos al relato— y las situaciones a las que se enfrenta, y continuando con los personajes que se cruzan en su camino, que así no hay forma ni de hacer épica, ni de hacer antiépica, ni de hacer prácticamente nada, sino es la de contemplar burguesamente embobados los abundantes planos —postales, sería mejor decir—, narrativamente inocuos, de vistas aéreas o de atardeceres sobre los dorados campos de trigo americanos que Lynch inserta hasta la saciedad.



Una historia verdadera

El señor Straight, como no podría ser de otra forma, es una persona buena, sincera, honrada; es verdad que hace cuarenta años mató a un hombre en un accidente, pero al fin y al cabo eso son caprichos del destino que nada tienen que ver con la intachable rectitud moral del personaje. Lógicamente, como el señor Straight es un hombre cabal, lleva siempre la razón: ese hombre de campo que es Straight, a quien la cámara de Lynch no cesa de emparentar con la naturaleza y con la tierra, es la voz de la razón, como demuestra el hecho de que en los conflictos en los que a lo largo de su viaje media —conflictos, insisto una vez más, tan escasos como tremendamente amables en su calado y en su resolución— los personajes, muy a menudo tan *straight* y tan *american way* como el propio Alvin —el cura, la familia que lo acoge cuando se le estropea la cortadora de césped, la pareja de mecánicos...—, reconocen en él la voz de la sabiduría. A lo largo de su viaje, Alvin Straight *puts things straight*, es decir, se encarga de poner las cosas en orden, y ayuda a todos los que se cruzan en su camino a *to keep to the straight and narrow*, o sea a ir por el buen camino. A este respecto, resulta sintomática la escena con la adolescente embarazada: ella quiere tener al

hijo por su cuenta, sin dejarse machacar por lo que se adivina una de esas terribles familias de la América profunda que, como intuimos, tan tolerantes y civilizadas deben de ser en casos como este; pero Alvin le convence de la grandeza de corazón que siempre esconde una familia *rural* norteamericana, y al final, logra persuadir a la pequeña descarriada para que regrese al hogar, al terruño, a la familia. ¿Será sólo una curiosa coincidencia el que uno de los posibles significados de la palabra *straight* sea el de *carca*?

Únicamente en la última media hora, y justo a raíz de la confesión de un episodio tan poco *straight* como el del asesinato accidental cometido por Alvin en la Segunda Guerra Mundial, cobra el relato fuerza, y la técnica narrativa seguida por Lynch, la de tirar desde el principio al fin de la película una línea recta —*straight*— que no se ve complementada por otras paralelas ni desmentida por su propio desarrollo —recordemos que la anterior película de Lynch se llamaba precisamente *Carretera Perdida*— empieza a rendir sus frutos, aun con la recaída en algún momento en el que se roza lo *kitsch*, como el episodio con el cura en el que la filosofía de vida del Sr. Straight se ve bochornosamente sancionada por parte del sacerdote con la siguiente frase: "A eso sólo puedo decir 'amén'". Por mi parte recomendaría, a todos los que también han dicho 'amén' a la película de Lynch, a que consideraran con un poco más de perspectiva las excelencias pretendidamente clásicas de una película narrativamente tan *naïf* e ideológicamente tan sospechosa como la de este cineasta que otrora fue punta de lanza de cierto postmodernismo y al que hoy en día, entrado ya en la cincuentena, le quedan cada vez menos películas para demostrar que de verdad es uno de los grandes.

FRANCISCO LÓPEZ MARTÍN



Una historia verdadera